



La Estela del *Tránsito*

DR. ALEJANDRO GUZMÁN MORA

La existencia humana suele percibirse como un volumen sólido, una arquitectura de carne y voluntad que el tiempo, *ese escultor implacable*, devora con parsimonia. Sin embargo, si nos permitimos habitar la mirada de Mario Perniola, descubrimos que la vida no es una sustancia que se agota, sino una estratificación de instantes, un tejido de superficies tan frágiles como la luz de la tarde cuando se quiebra sobre la cantera rosa de nuestras plazas.

Hablar de lo efímero no es, por tanto, denunciar una carencia de ser, sino reconocer la belleza radical de lo que, al pasar, deja de ser materia para convertirse en atmósfera.

“El tránsito es, en su esencia, la forma más pura de la inmanencia.”

En la filosofía del tránsito, la vida se revela como un flujo incesante de «lo mismo a lo mismo». Esta aparente paradoja nos enseña que no hay un «yo» estático que viaja por el tiempo, sino un tiempo que se pliega sobre nosotros, convirtiéndonos en una sucesión de máscaras y encuentros. Cada despedida no es una caída al abismo, sino *el último pliegue de una tela que termina de cubrir el mundo*. El tránsito es, en su esencia, la forma más pura de la inmanencia: no buscamos un cielo lejano, sino que nos hundimos, capa tras capa, en la densidad de lo real.



Honrar a quienes ya transitaron el camino al que todos estamos llamados, ese destino común que late, silente, en cada una de nuestras respiraciones, exige una mirada despojada de miedos. El pensamiento occidental nos ha maleducado en la idea de que los muertos habitan un vacío, una nada fría y distante. No obstante, la noción de profundidad arqueológica nos sugiere algo más esperanzador: ellos no se han ido a un «ningún lugar» absoluto; se han quedado en la opacidad del aire, en la consistencia de los silencios que hoy habitamos.

Bajo cada pérdida no hay un vacío, sino el rastro de otra presencia. Somos como una cebolla infinita donde cada capa es la vida de alguien que nos precedió. Los que cruzaron el umbral antes que nosotros no son sombras borradas por el viento, sino *los verdaderos cartógrafos de lo invisible*. Su paso por este mundo no fue una huella efímera en la arena que el mar borra con desdén, sino una inscripción en la piedra del tiempo. Al recordarlos, no hacemos otra cosa que transitar sus propios pasos, validando que su brevedad fue, en realidad, una forma de eternidad horizontal.

Sus vidas son las superficies sobre las cuales hoy caminamos; sus voces son los armónicos que dotan de resonancia a nuestra propia voz.

“Amar el destino no porque sea perfecto o eterno, sino porque es el nuestro, con todas sus grietas y fugacidades.”

Aceptar lo efímero es abrazar el *amor fati*: amar el destino no porque sea perfecto o eterno, sino porque es el nuestro, con todas sus grietas y fugacidades. La vida es un ritual de paso permanente, un suspiro que se estratifica sobre los suspiros de los abuelos, padres, hermanos, amigos y de los desconocidos que, siglos atrás, miraron este mismo cielo con la misma incertidumbre que hoy nos embarga. No somos seres aislados; somos el resultado de una suma de ausencias que todavía vibran.



El tránsito de la vida es una preparación para la integración final en la superficie del mundo. Quienes ya partieron nos enseñaron que la finitud es el precio de la intensidad. *Si nada terminara, nada tendría valor.* El brillo de la mirada, el calor de la mano que se estrecha, la palabra dicha en el momento justo... todo brilla con más fuerza porque sabemos que está en tránsito.

Al final del sendero, descubrimos que el camino no es algo que recorremos en soledad. Es un espacio compartido, una plaza pública de la existencia donde los vivos y los que ya partieron se encuentran en la superficie de la memoria. Esa memoria no es un museo de cosas muertas, sino un organismo vivo que respira a través de nosotros.

“Somos el eco de voces que, aunque ya no emiten sonido, sostienen el andamiaje de nuestras verdades más íntimas.”

Estamos hechos de los restos de esos tránsitos. Somos el eco de voces que, aunque ya no emiten sonido, sostienen el andamiaje de nuestras verdades más íntimas. Todos estamos llamados a ese cruce, a convertirnos, eventualmente, en una capa más de esa hermosa y densa estratigrafía humana. Al reconocer el tránsito de los demás, estamos, en realidad, bendiciendo el nuestro.

Pues al final, lo único que queda no es lo que acumulamos, sino *la elegancia con la que supimos transitar hacia la ausencia*, dejando tras de sí una superficie un poco más rica, un poco más profunda y mucho más humana para los que vendrán después.

Para aquellos que soltaron la orilla de lo tangible para aventurarse en la corriente de lo invisible. Su partida no fue un naufragio, sino el cumplimiento del tránsito más noble: el de dejar de ser cuerpo para transformarse en memoria, en aire y en estrato.

